

# E L P I R O P O

Por ANA MARIA DE ROBLES

**E**RA fea, menuda, insignificante. Se lo habían repetido siempre, hasta la saciedad, y este convencimiento de su poco valer la hacía desmañada y torpe. Únicamente las maestras de la escuela pública donde asistió de pequeña, elogiaron su inteligencia y su capacidad de trabajo.

Fue un desquite para su inferioridad física, un desahogo para su tristeza de niña desairada, sin gracia.

Este intervalo, el único agradable de su vida, duró poco. A los doce años la llevaron de aprendiz a un taller de modista. Sirvió de blanco al humor alegre, burlón, atrevido de sus compañeras. Les huía como un animal acosado. La crueldad de las bromas la hizo replegarse sobre sí misma, concentrarse, crearse una especie de mundo interior del que salía pocas veces y, cuando lo hacía, era revestida de una suprema indiferencia. Parecía ignorar la belleza externa de la naturaleza y de las cosas.

Vivía en una casa de vecindad superpoblada, ruidosa, con un patio viejo que disimulaba sus lacras a fuerza de cal, alegrado por geranios multicolores plantados en tiestos diversos: macetas, cántaros rotos, cacerolas...

Al morir su padre, único resto de familia, se aisló aún más, si cabía un aislamiento mayor. Dejó el taller. Para cubrir sus escasas necesidades lavaba y cosía ropa de soldados y de trabajadores. Uno de ellos la pretendió.

Fue un casamiento rápido, sin noviazgo, sin ilusiones. El se lo propuso con una elocuencia cruel:

—Yo necesito recogerme. Tú también. Cuando cobre la paga doble nos casaremos.

No se habló más. La boda fue eso: una casa donde dormir y una comida puntual y segura.

Era callado y sombrío. Le daba lo justo para comer y los sábados por la tarde, sin faltar uno, como si cumpliera un rito sagrado, venía borracho, tambaleándose; la insultaba y la maltrataba hasta caer rendido de bruces sobre la cama. La mujer, ocultando un asco profundo, no pronunciaba una sola palabra, ni una queja, pero los ojos brillaban a veces con chispa de odio.

Cuando supo que iba a tener un hijo pasó por varias alternativas. El primer sentimiento sobre su próxima maternidad fue de alegría suprema; luego, de pánico ante la idea de una hija que pudiera heredar su triste destino. Por último, volvió a su habitual indiferencia.

Tuvo un hijo. Un chiquillo, sano, alegre, simpático, que adoraba en su madre y dulcificó el carácter agrio y reconcentrado del padre. A medida que crecía, sentía admiración hacia lo limpio, claro, hermoso... No chapoteaba en los charcos los días de lluvia ni manchaba de barro el traje recién puesto.

El día que cumplió cuatro años una vecina le regaló un caballo. Era de cartón basto, mal pintado, con las orejas y el rabo deformes. El chiquillo lo rechazó. Ante la insistencia de su madre contestaba pateando:

—No lo quiero. ¡Es feo, feo, feo...!

Y lo arrojaba al suelo con rabia.

La madre sintió cómo unos garfios ardientes le mordían el pecho y le desgarraban las entrañas. Aquella palabra, tantas veces oída con indiferencia, adquiriría en boca del hijo un valor que se materializaba, tomaba cuerpo y se erguía ante ella como un monstruo amenazador. Aquella idea que le había perseguido durante sus noches de insomnio se convertía en un peso que le oprimía, impidiéndole respirar.

El niño, con una sensibilidad especial, aborrecía lo feo. La pobre mujer se miró en el espejo como un reo que quisiera deleitarse en su propia sentencia. El azogue brillante le devolvía una imagen borrosa, descolorida, en la que destacaban los ojos pequeños y sin brillo, una nariz ancha, una boca grande, de labios incoloros, un cabello liso y descuidado.

El sentimiento de su fealdad se exacerbó, se convirtió en obsesión enfermiza y morbosa... No se atrevía a mirar a su hijo a plena luz ante

el miedo de que la fuera aborreciendo. Aquel hijo, única esperanza de su vida; luz que iluminaba sus tinieblas y la sostenía. Perdió el apetito y el sueño.

Vino mayo y el Corral de las Cruces se vestía de fiesta. Las paredes deslumbraban de cal y los suelos rechinaban de limpios. Colchas, mantones, cadenetas, flores, se mezclaban y confundían, mientras que los vecinos, artistas consumados, ensayaban los mejores efectos. El chiquillo correteaba encantado y la madre contemplaba el espectáculo con su aire ausente, como si estuviera a lejanas distancias. Ni aquel entusiasmo contagioso y ensordecedor era capaz de alegrarla.

A mediodía llegó el marido. Después del almuerzo se sintió rumbo. Dejó unos duros sobre la mesa:

—Toma, pa que te arregles la cabeza...

Ella pensó que con aquel dinero podría comprar varias cosas, pero no se atrevió a contradecirlo. Al salir hacia la peluquería del barrio, la casera con unas vecinas le dirigieron bromas groseras. Ni las escuchó.

La tarde estaba bochornosa. Las nubes, bajas y plomizas amenazaban lluvia, el viento producía remolinos que llenaban de tierra los ojos.

Cuando, una vez arreglada, bajó la escalera del establecimiento, encontró al niño en la puerta, esperándola. Al oírla se volvió y la miró extrañado, con insistencia. La mujer sintió la mirada como una sentencia de muerte. Balbuceó, disculpándose ante aquel juez diminuto:

—Subí a... ponerme guapa, hijo.

El chiquillo hizo un gesto de incompreensión por aquel arreglo innecesario y superfluo. Se lo explicó a su madre:

—Pero, madre, si tú eres muy guapa...

Y ante el gesto de ella corroboró asintiendo con la cabeza:

—Sí, la más guapa de todas.

Y dándole un beso se alejó corriendo. La mujer sintió un golpetazo en el pecho; se apretó con las dos manos para que no se saltara el corazón.

Era demasiado de una vez. Buscó el apoyo de la escalera. Cerró los ojos. Todo le daba vueltas. Sintió cómo aquellos garfios ardientes clavados en sus entrañas se desvanecían; el peso aquel que oprimía su cuerpo maltratado se levantaba. La bruma desaparecía de los ojos.

Respiró con ansia. Había llovido y la lluvia limpió la tarde, que resplandecía. Miró con ojos ávidos, como si la naturaleza estrenara por



primera vez y para ella el azul del cielo, el verde brillante de las hojas en los árboles, el airecillo suave, tibio, oloroso a tierra mojada, que renovaba su sangre, tonificándola.

Salió a la puerta. Levantó la cabeza y miró a la vida cara a cara.

Las palabras del hijo tomaban una categoría suprema. El piropo le sonaba dentro como una música: ¡guapa!, ¡guapa!... Sabía que no lo era, pero bastaba con parecérsele al hijo. Ya no temía al monstruo que fabricó ella misma. Aquel niño tan pequeño lo había destruido con una palabra. Sonreía. La sonrisa dulcificó el rostro. ¡Qué importaba una vida de martirio si el Señor le daba aquella compensación! Los insultos, las burlas, los golpes, quedaban atrás, lejanos ya.

No comprendía cómo las gentes que pasaban por la calle no sonreían con ella. Llegó el puente. Se paró en la baranda. Las aguas estaban verdes e inmóviles. Unos hombres, el torso desnudo, brillante como ébano, descargaban una barca de sal. Más allá, unos pescadores recogían la red con unos peces pequeños, plateados, que saltaban entre las mallas. Una gaviota rozó las velas blancas. La mujer sentía ahora el encanto de aquel río en cuyas aguas pensó cobijarse el día en que el hijo la aborreciera. Volvió a caminar firme y segura.

Llegó a su casa. Las vecinas trajinaban en el patio. La casera inició una frase mordaz, pero quedó callada, con muestras de profunda sorpresa. La miró incrédula, parpadeó varias veces y terminó comentando:

—...¿Se habéis fijao?... Si no parece la misma...

Sevilla.

